

Jeremías “casi” aprendió a orar en el dolor

José M^a Fernández-Martos

“Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.
Para venir a lo que no posees,
has de ir por donde no posees.
Para venir a lo que no eres,
has de ir por donde no eres”

San Juan de la Cruz, “Modo para venir al Todo”, de la *Subida al Monte Carmelo*

Los textos de Jeremías conocidos como las “confesiones” están muy próximos, tanto por la forma como por el fondo, a diferentes salmos y a ciertos pasajes del libro de Job. Jeremías (o sus redactores) no es el inventor de este género; pero lo incorpora a su propia experiencia y expresa a través de él el sentido de su destino particular.

Como señala Von Rad, “las confesiones presuponen una vocación o un servicio muy especial, una especialísima relación de intimidad con Yahveh, y por ello tienen una significación paradigmática importantísima para todo Israel (...). El misterio de Jeremías continúa siendo cómo un hombre cuyo oficio se le había vuelto tan problemático, con una profesión que le destrozaba, aceptada en una obediencia que parecía sobrehumana, recorrió su camino hasta el fin, en el abandono de Dios. En ningún momento le vino el pensamiento de que ese sufrimiento suyo de mediador pudiera tener algún sentido ante Dios. Y el misterio de Dios, que llevara la vida de su mensajero más fiel a través de una noche tan espantosa y absolutamente incomprensible... y le dejara destrozarse en ella”¹.

1 G. VON RAD, «Teología del AT. I», Salamanca 1976, pp. 275-276

En este artículo vamos a prescindir de las discusiones sobre qué textos son de Jeremías y cuáles son posteriores al profeta. "La palabra profética, pronunciada en la historia, continúa propagándose a lo largo de la historia, engendrando una palabra nueva."² Creo que no es forzar los textos ni su sentido el decir que en ellos se puede ver una trayectoria espiritual y que, en este sentido, forman una unidad. Las crisis se van sucediendo en una progresión de profundidad e intensidad que alcanzan un clímax en la última confesión y que sólo acaban de resolverse en la vida misma del profeta.

Oración primera: confianza infantil

Cuando piensa que lo que sabe de Dios es igual a Dios. Cuando piensa que lo que él desea lo desea Dios (Jer 11,10-23):

El Señor me enseñó y me hizo comprender lo que hacían:

"También tus hermanos y tu familia te son desleales,
también ellos te calumnian a la espalda;
no te fíes aunque te digan buenas palabras"

Yo, como cordero manso llevado al matadero, no sabía los planes homicidas que tramaban contra mí: "Cortemos el árbol en su lozanía, arranquémosle de la tierra de los vivos, que su nombre no se pronuncie más"

Pero tú, Señor de los Ejércitos, juzgas rectamente, sondeas las entrañas y el corazón; a ti he encomendado mi causa, que logre desquitarme de ellos.

Así sentencia el Señor contra los vecinos de Ananot que intentan matarte, diciéndote: "No profetices en nombre del Señor si no quieres morir a manos nuestras"

Así dice el Señor de los Ejércitos: "Yo les tomaré cuentas, sus mozos morirán a espada, sus hijos e hijas morirán de hambre; y no quedará resto de ellos el día de las cuentas, cuando envíe la desgracia a los vecinos de Ananot".

Jeremías ha caído en la cuenta, de una manera inesperada y repentina, de las maquinaciones de sus conciudadanos, que hasta entonces no se le habían pasado por la cabeza. Se pudo enterar casualmente de que eran insinceros con él, alguien pudo decírselo o quizás recibió una amenaza sutil o inesperada. Como de ordinario, lo inesperado y repentino del descubrimiento hace pensar en Jeremías que Dios mismo se lo ha comunicado. Jeremías

está convencido de que toda su vida y toda su actividad están conducidas por Dios; de que ha sido llamado a ser su profeta.

Lo que se le comunica es la hostilidad y los planes criminales de sus familiares y conciudadanos. ¿Por qué esa reacción tan violenta entre los suyos? Podría ser que Jeremías hubiera caído ya en desgracia ante la mayoría y que sus más próximos se sintieran avergonzados y corresponsables de su radicalismo. O quizá Jeremías había tocado los intereses sacerdotales de su familia al favorecer de algún modo la reforma de Josías. O quizá su predicación, de claras tendencias anticulturales, habría podido molestar particularmente a sus familiares de casta sacerdotal. La causa concreta se nos escapa. Fuera cual fuera, es interesante constatar que la hostilidad está conectada con su predicación profética. Todas las crisis de Jeremías, en cuanto se nos conservan, son crisis de “hombre público”. Si le atacamos, le haremos abandonar su compromiso, pensarían ellos.

Este descubrimiento estremece a Jeremías. En su ingenua entrega a la misión profética, no parece haber caído en la cuenta de que la palabra que él predicaba resultaría ofensiva a muchos. Atacado por amigos y familiares, Jeremías se vuelve a Dios. Es el principio del placer de Freud: toda mi Madre/Padre tiene que ser para mí y acudir en mi ayuda, sin más dilaciones.

En las lamentaciones individuales y, como veremos, en otras oraciones del mismo Jeremías, existe una nota de angustia mucho más pronunciada que aquí. Otras veces insiste Jeremías en la descripción detallada de sus sufrimientos, en la sinrazón de sus persecuciones, el silencio acerado de Dios, en su pasividad irritante. Son gritos de los salmos de lamentación de “por qué” o “hasta cuándo”. Son explosiones de angustia con la motivación de Baruc 5,20: “Gritad a Dios para que os libre del poder enemigo”. Comparada con estas lamentaciones, la oración de Jeremías rezuma confianza. Ninguna insistencia, ninguna queja, ninguna sombra de amargura contra Dios. Las hostilidades nacen de su misión profética; por ello su confianza es absoluta en aquel que le envió, porque Dios, que es un juez justo y “sondea las entrañas y el corazón” (v. 20), le salvará. Él es el que ha provocado en último término esta situación anómala. La causa misma de Dios está en cuestión, y si el profeta muriera a manos de sus enemigos, Dios y su justicia quedarían mal parados a los ojos del pueblo. Por eso la oración está expresada brevemente: “Que logre desquitarme de ellos” (v.20).

La oración de Jeremías se mueve todavía demasiado en el reino de la necesidad. Identifica sus necesidades de seguridad o de pertenencia o de prestigio, con la causa de Dios. Desde ahí cree que conoce enteramente a Dios. La trascendencia y la libertad de Dios quedan amenazadas en cuanto que el hombre se sitúa ante Dios en un plano de obligaciones y derechos. En último término, “tu venganza”, Señor, es “vengarme a mí”. Dios queda reducido a mi tamaño. Pero notemos un aspecto positivo de esta oración: la justicia y la fidelidad de Dios no son estáticas, sino comprometidas vivamente en la existencia humana. Lo malo es que dicta modos y tiempos a Dios: “que se dé prisa, que apresure su obra, para que la veamos; que se cumpla enseguida el plan del Santo de Israel, para que lo comprobemos”, de Isaías 5,19. Esta coincidencia imaginaria se romperá en añicos.

Pero lo más sorprendente es que Jeremías tiene respuesta inmediata y en unos términos que ratifican la mentalidad global del profeta. Es decir, no sólo responde al “núcleo sano de fe”, sino a la “formulación humana estrecha”. La respuesta no cuestiona los presupuestos de Jeremías, sino que es más salvaje todavía. ¿Qué sentido tiene poner estas palabras en boca de Dios? Comprendíamos la actitud del profeta desde las perspectivas de su tiempo y momento, pero la respuesta puede crear problemas filosófico-teológico de gran calado: nuestra concepción de la actividad de Dios en el mundo. Es decir, nuestra concepción de Dios.

Desde una concepción de Dios-fuera-de-mí que se dirige a mí desde fuera de mí mismo, es difícil dar un paso válido hacia una solución. Porque desde esta concepción, quien dijera que el profeta expresa su conciencia o habla de su fe o desde el fondo de su religiosidad, parecería que desmitologizaría demasiado o que naturalizaría lo sobrenatural. Pero, en realidad, ¿es que puedo encontrar a Dios fuera de mi conciencia y de mi fe personal? En expresión desmitologizada, podría decirse que mi fidelidad a mi conciencia más profunda fuera mi fidelidad a Dios mismo. Podría ser que el profeta hablara desde su religiosidad y expresara su conciencia, sin implicar por esto que sus palabras no fueran por ello verdaderamente mensajes de Dios. Jeremías parece sentir su vocación en su propia conciencia como “fuego ardiente” (20,9), aunque lo formule también como “el Señor me llamó” o “me envió”. Pero esa llamada y misión pudieran ser la llamada y la misión de su conciencia. Esto no equivale a decir que Dios no interviene por ninguna parte. Jeremías es plenamente consciente de que su vocación no es algo

autosugerido o autoimpuesto. Sabe de una alteridad en su conciencia . Ciertamente, no interviene ahí el Dios-ahí-fuera, sino que quizá la conciencia del hombre sea su propia transcendencia. Es decir, allá por donde el hombre viene de más allá de sí mismo y se abre a más allá de sí mismo. Más crudamente: es posible que lo que llamamos “conciencia humana” sea más que el hombre mismo. Desde nuestra concepción antropológica, es el *deseo* el que rompe la circularidad enclaustradora, aunque cómoda, de la *necesidad* y, apoyándose en ella como trampolín, la trasciende.

Como se ve, nos estamos moviendo en la neblinosa frontera de la transcendencia y de la inmanencia. Nuestra misma terminología y nuestra “voz”, que nace de nuestra corporalidad, es “corpus subtile” que, emergiendo de la *necesidad*, apunta simbólicamente, como dedo de San Juan al pie de la cruz, más allá de sí mismo. No señalamos la frontera ni damos solución a nuestro problema; sólo tratamos de insinuar el sendero por donde perdimos “su” rastro. Desde ahí no tendremos que distinguir tanto, en el mensaje profético, entre un “núcleo” divino y una “formulación humana”. Esta dicotomía es facilitona y falsa. Todo él es divino y todo él es humano. Mejor, la comunicación divina se nos da siempre invadida y trascendida, filtrada por lo humano. Es la conciencia del profeta, siempre y preponderantemente humana, la que nos abre hacia Dios. Esa conciencia puede ir creciendo, eso sí, en su transparencia. Ese adelgazamiento de nuestra opacidad es al que aludíamos al distinguir entre la pesada “circularidad” de la *necesidad*, que vuelve mil veces a pasar sobre sí en lo animal o en el rito supersticioso, y la “espiralidad” del deseo, que estrena apertura y progreso, pero que también sabe pasar por el mismo punto cada día, aunque con humilde cambio de latitud. Lo verdaderamente humano, mitad sabe a rutina cansada y repetición, mitad a brillo de estreno y frontera. La compulsividad del círculo neurótico, del rito de la Ley como cárcel, es el desfallecimiento de lo humano en la terquedad de lo animal y lo físico. Dios es más: “linearidad” y eterna novedad. La conciencia es el punto de vigía que nos descubre que esa novedad nos es dada, y por eso “grita, cantando a coro, porque ve el rostro del Señor” (Is 52,8). La conciencia humana es más que ella misma. En ella se nos revela el *deseo* con su despedida de la sed de la *necesidad*: “la sed que tengo no me la calma el beber”. Como dice Ricoeur, el deseo no nos revela “nuestra” manera de ser afectados; no nos habla en primer término de nosotros mismos; y mucho menos es una “sensación interna”; el deseo es una falta que experimentamos de...; un impulso que nos orienta hacia... “El deseo

nos transporta fuera de nosotros”³. Jeremías irá descubriendo, incluso en la masa oscura de sus deseos de venganza, la presencia de Otro que, al ser más grande que él mismo, le va a ir llevando, de deseo en deseo, hacia una mayor transparencia incluso para sí mismo.

Desde aquí volvemos al “así dice el Señor” del que hemos partido. El contenido de la respuesta de Dios, decíamos, apenas sobrepasa la oración. Jeremías, desde su fe inicial, prevé que Dios tiene que responder a su petición en este sentido. La transparencia de su conciencia está lejos de ser total, y por eso articula demasiado humanamente su respuesta. “Mediatiza” demasiado a Dios. Su progreso en transparencia tendrá el efecto paradójico de que cada vez tiene menos que decir de Dios, hasta que el silencio de Dios y el silencio de Jeremías se hacen totales. Por ahora, Jeremías sólo ha captado que lo que sea dará cuenta de la fidelidad y de la justicia de Dios; pero su opacidad es mucha, y Dios es enredado en sus necesidades.

Destaco otro detalle del oráculo que me parece interesante. El v.23 termina con una cierta imprecisión: “el día de las cuentas”. La frase no es original, sino estereotipada: como la tradición en la que vive, Jeremías no se atrave a precisar exactamente el tiempo. Por acá salva la “misteriosidad” de Dios. Pero esa misma misteriosidad temporal de Dios le creará problemas en su angustiosa impaciencia. Jeremías ya sabe que el tiempo de Dios es otro, pero todavía no se ha “enterado” de ese tiempo largo de Dios. Su conciencia, que ahora aparece totalmente identificada consigo misma, está dividiéndose entre una conciencia superficial formulada y una conciencia más profunda en contradicción con la primera. En esta respuesta, Jeremías oye lo que ya sabía, lo que todo creyente de su época sabía. Es precisamente ese “saber” sobre Dios, que Jeremías comparte con sus coetáneos, el que va a ser sacudido por el silencio de Dios. Este texto es una línea recta, un proceso prefabricado del pensamiento convencional de Dios. Ya nos encontraremos con las líneas quebradas, donde un elemento no sólo no está contenido en el anterior, sino que lo contradice y lo supera (cfr. 12,1-5; 15,10-12.15-18). Paradoja. Jeremías, acercándose a Dios, va encontrándose con un Dios más lejano y extraño. Eso constituirá la originalidad de Jeremías que le hará sorprenderse de sí mismo y que le hará atribuir las respuestas a Otro distinto de sí mismo. Su conciencia habrá ganado en transparencia.

3 P.RICOEUR, «Finitud y Culpabilidad», Ed. Taurus, Madrid, pp. 97-98

Esto que se inicia en Jeremías es trance de toda marcha seria hacia Dios. Tratar con Dios es quemar las naves de la saciedad satisfecha. Es perder pie en el pantanoso terreno de nuestros deseos: "Deus semper maior".

Oración segunda: confianza en crisis

Mi "dogma" sobre Dios no coincide con mi "fe" en Dios (Jer 12,1-5):

Aunque tú, Señor, llevas la razón cuando discuto contigo, quiero proponerte un caso: ¿por qué prosperan los impíos y viven en paz los traidores? Los plantas, arraigan, crecen, dan fruto; aunque tú estás cerca de sus labios y lejos de su corazón. Tú, Señor, me examinas y me conoces; tú sabes cual es mi actitud contigo: apártalos como a ovejas de matanza, resérvalos para el día del sacrificio, pues dicen: "No ve nuestras andanzas". -"Si corriendo con los infantes te cansas, ¿cómo competirás con los caballos? Aunque en tierra tranquila te sientas seguro, ¿qué harás en la maleza del Jordán?"

El planteamiento es claro y radical en Jeremías: ¿cómo compaginar la permanente y manifiesta prosperidad de los impíos con el dogma aceptado de la retribución? Su punto de partida no es ni el "dogma" mismo -es éste el que está en cuestión- ni tampoco la evidencia de los hechos. Jeremías comienza por una afirmación de fe que es el presupuesto del dogma: *sadiq 'atah yhwé*. Es la afirmación de fe que está esencialmente ligada a lo que el profeta conoce de Dios. Jeremías parte del supuesto de que entre su fe nuclear y su evidencia racional -los hechos de experiencia- no puede haber una contradicción. Por ello su razón se agarra firmemente a los hechos, aunque su fe es afirmada rotundamente desde el comienzo. Es posible que la oposición no pueda llegar a resolverse racionalmente, pero la actitud implícita es la de que tiene que haber una solución... Su problema no es sobre el "qué", sino sobre el "cómo". Es decir, no sobre la fe como presupuesto del dogma, sino sobre el dogma mismo como conclusión de la fe. Por supuesto que no quiero pensar que Jeremías vio esta distinción académica, sino que experimentó existencialmente su descoyuntamiento.

La postura de partida de Jeremías es valiente y radical; pero, aunque nos podría parecer arbitraria y preconcebida, se adivina que es tímida. ¿Qué consistencia tiene la afirmación de fe en sí misma para que Jeremías pueda establecerla desde el principio? Su afirmación inicial, ¿no debería ser una conquista y no un punto de partida? ¿Qué fundamento tiene?

Su fundamento es la fe misma. Hagamos una analogía con nuestra fe cristiana, en la que la Bondad de Dios es el fundamento de que Jesucristo sea el mismo empeño salvífico del Padre. Jesucristo es la Bondad del Padre *a pesar de todo*.

El “baja de la Cruz y creeremos” no se centra sobre la duda de fe en la bondad de Dios, sino sobre cómo puede sostener esa bondad y dejar machacar a su Hijo. La crisis se centra en torno al “dogma”, es decir, a las conclusiones que con la lógica humana hemos deducido del presupuesto de la fe y que tendemos siempre a colocar en el mismo plano que el presupuesto mismo. Esta distinción es fundamental. Pero no es original al creer mismo, sino que nace de la crisis y es, por lo tanto, una conquista personal y eclesial. Problemas de confusión de fe y dogma han llenado la historia de la Iglesia: presencia real y transubstanciación, inmortalidad del alma y supervivencia, virginidad de María y filiación divina de Jesús. Dice un proverbio chino: “Cuando se muestra la luna a un idiota, el idiota mira el dedo”. Con mucha más razón si se le anima a ello. Ése es el Dogmatismo a ultranza:

¿Será, pues, la fe una seguridad a bajo precio, un pasaporte para una eternidad feliz, una respuesta a la angustia del sufrimiento y la agonía? Ciertamente no, porque jamás ha impedido la neurosis, la masturbación, las ganas de suicidarse, la desesperación en las horas negras y, a fin de cuentas, la mirada vidriosa de la muerte. La fe de todos los días es humilde, difícil, temblorosa como una llama en las manos frías de la noche. No es una respuesta a los interrogantes del hombre, a las preguntas insolubles de Job, a las de la madre que acaba de perder a su hijo, o del soldado en los barros de la trinchera, donde espera el silbido de la bala que le matará; a la consternación o a la rebelión ante el sufrimiento de un inocente, ante el temblor de tierra que traga miles de personas que no son menos ni más culpables que él, ante el hambre de masas indias o latinoamericanas, ante epidemias, ante el absurdo del accidente de avión, ante el abandono del ser amado que se carcajea de su promesa, ante el drogado que aplastaría a su mejor amigo para procurarse la ampolla que desea. ¿Por qué no atreverse a decir que la fe no es una respuesta, pues no hay respuesta? La fe es una cierta manera de poner las preguntas y un arte de esperar... *La fe no sirve para nada*. Sí, la fe -como el amor- no está hecha par servir a otra cosa. Ella suscita nuestra sed al mismo

tiempo que la calma. Bienaventurados los que tienen sed y hambre, porque serán calmados"⁴.

En los vv. 3 y 4, Jeremías ofrece su propia respuesta humana. La afirmación de fe y las conclusiones humanas nos son entregadas indistintamente hasta que la crisis nos fuerza a distinguirlas. En el v.3, Jeremías no hace sino pedir a Dios que se justifique según las categorías humanas de su tiempo. De ahí la petición de venganza, no la del profeta mismo, sino la autojustificación de Dios. Jeremías ofrece a Dios la oportunidad de su propia teodicea y le sugiere la tradicional de la retribución. En el v. la ofrece a Dios un *cómo* debe manifestarse justo. El *cómo*, condicionado históricamente, no distingue entre el dogma y su presupuesto de fe. Tener en la mente esta confusión es útil para comprender muchos salmos deprecatorios. El presupuesto de la deprecación está basado en la fe: "manifiesta tu gloria"; pero va más allá de la fe en su formulación "manifiesta tu gloria así o así". Es decir, manifiesta "mi" gloria. Su petición se concretiza en que "no paguen justos por pecadores" De ahí que el v. 3b tenga su contexto verdadero en este texto y no en el capítulo 11. No hay derecho a que toda la naturaleza sufra a causa de los malvados (v.4). De otra forma, los malvados tendrán razón al afirmar: "Dios no ve nuestras andanzas".

La respuesta de Dios no es una solución al por qué de Jeremías. Es una evasiva que ofrece una cierta solución al negar una solución directa en el v.5. Así queda desbaratada toda lógica humana. Una cosa es clara: la teodicea tradicional no va. La negación de la respuesta tradicional se abre el paso a otra solución. Queda una sugerencia de "mis caminos no son vuestros caminos".

Esta respuesta se intuía ya en el v.4, pues Jeremías cree que Dios es justo, pero ahí está la historia en la que Dios no se ha manifestado justo como Jeremías sugería en el v.4. Ya no está Jeremías en la confianza ingenua de la oración primera. Ve una dualidad entre el dogma y la historia. Su sinceridad le abre a una respuesta que va más allá de su pregunta. Dios se nos escapa. La mayoría de los hombres viven y mueren con la impresión de que, si vivieran más tiempo, acabarían por comprender a Dios: "¿Cuántos de ellos han tenido la madura experiencia de descubrir que llega un momento crítico en el que

4 H. FESQUET, «La foi toute nue», París 1972, p.57

todo se invierte, después del cual la cuestión consiste en entender más y más que hay algo que no puede ser entendido?”⁵. Aún verá cosas mayores.

Oración tercera: confianza sacudida hasta las raíces

Dios, “arroyo engañoso de agua inconstante” (Jer 15,10-12.15-18):

“¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste de pleitos y contiendas con todo el mundo! Ni he prestado, ni me han prestado, y todos me maldicen. De veras, Señor, te he servido fielmente: en el peligro y en la desgracia he intercedido en favor de mi enemigo; tú lo sabes. El fuelle resopla, el fuego deja plomo, en vano funde el fundidor, la escoria no se desprende. Señor, acuérdate y ocúpate de mí, véngame de mis perseguidores, no me dejes perecer por tu paciencia, mira que soporto injurias por tu causa. Cuando recibía tus palabras, las devoraba; tu palabra era mi gozo y mi alegría íntima, yo llevaba tu nombre, Señor, Dios de los ejércitos. No me senté a disfrutar con los que se divertían; forzado por tu mano, me senté solitario, porque me llenaste de tu ira. ¿Por qué se ha vuelto crónica mi llaga, y mi herida enconada e incurable? Te me has vuelto arroyo engañoso, de agua inconstante. Entonces me respondió el Señor: “Si vuelves, te haré volver y estar a mi servicio; si apartas el metal de la escoria, serás mi boca. Que ellos vuelvan a tí, no tú a ellos. Frente a este pueblo te pondré como murallas de bronce inexpugnable; lucharán contra ti y no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte y salvarte -oráculo del Señor-. Te libraré de la mano de los perversos, te rescataré del puño de los opresores”.

El v. 10 no es propiamente parte de la oración. Es una especie de interjección que sitúa la oración. Es un “mejor si no hubiera nacido” que anuncia la depresión de 20,14-18. La angustia no ha llegado hasta el extremo, pero la depresión es profunda y causada por el ejercicio del ministerio. Un hombre naturalmente bueno y tímido se ve lanzado entre la multitud con un mensaje que a todos vuelve hostiles y no nace de él: “hombre de pleitos y contiendas”. La raíz de su depresión es Dios mismo con su misión. Esta constatación obliga a Jeremías a volverse a Dios en oración y queja.

En la oración (vv. 11.12.15-18) actual hay desconcierto y queja. Dios es un Tú desconcertante y no encajable en ningún esquema definido. Él y su palabra le destrozan la vida. ¿Habrá sido infiel Jeremías a la palabra? No, él está seguro de haber hecho todo lo posible, dentro de la lógica de obligaciones

5 S. KIERKEGAARD, «Diario»; cfr. S. RADHAKRISHNAN, «La Religión y el futuro del Hombre»

y derechos. No entiende de Dios más de lo que entiende de los hombres, y exige a Dios un comportamiento humano. De ahí la impaciencia de su oración: “no me dejes perecer por tu paciencia, mira que soporto injurias por tu causa” (v.15). Añade toda una lista de sufrimientos soportados nada exagerada. De ahí su ¿por qué? de no entender nada de Dios, como arroyo engañoso de montaña que hoy aparece por aquí y mañana por allá.

La respuesta de Dios le llega como algo inesperado y sorprendente. Una vez más, la respuesta de Dios va más allá de la pregunta. A Jeremías se le abre un nivel más profundo de conciencia. Dios le niega el derecho de preguntar y le hace ver que su pregunta nace del egoísmo y es ya “pecado”, y le exhorta a convertirse y purificarse: llamada a volver a sí mismo y a conformarse con su nuevo yo que le ha aparecido. Jeremías tiene que anular su dualidad de conciencia y llegar a mayor autenticidad.

Jeremías había sentido la tentación de hacerse uno más de la masa popular. Está harto de soledad y aislamiento. Dios, en el v.20, no le promete un cese de hostilidades, sino la promesa de una fuerza para superar un ataque que no cesará. Jeremías va ahondando las implicaciones sociales de su misión. Su fuerza va a ser el Señor mismo que está con él. Jeremías se ve arrojado a Dios sin más garantías que Dios mismo. Se tiene que despojar de promesas concretas que pondrían una limitación a la libertad de Dios. Fe en la palabra de Dios, sin cómo ni cuándo, es lo único que le queda. Esta desnudez le abrirá a nuevas crisis.

Oración cuarta:

¿Es Dios fiel a su palabra? (Jer 17,14-18):

Sácame, Señor, y quedaré sano; sálvame, y quedaré a salvo; para ti es mi alabanza. Ellos me repiten: ¿Dónde queda la palabra del Señor? Que se cumpla.

Pero yo no he insistido pidiéndote desgracias ni he augurado un día aciago; tú sabes lo que pronuncian mis labios, lo tienes delante. No me hagas temblar, tú eres mi refugio en la desgracia; fracasen mis perseguidores y no yo; sientan terror ellos y no yo: haz que les llegue el día funesto, quebrántalos con doble quebranto.

Otra vez nos encontramos con el problema de Jeremías y que emana de su misma misión profética: el incumplimiento de la palabra de Dios, que hace que sea puesta en duda la autenticidad profética de Jeremías. Y esa duda, que para el pueblo se convierte en duda sobre Jeremías, es para el profeta una lacerante duda sobre Dios.

Jeremías no puede dudar como el pueblo de su propia autenticidad: él ha experimentado, una y otra vez, la llamada de Dios como algo que viene más allá de él mismo. Lo que pone en cuestión es la misma fidelidad de Dios a su palabra. Y el profeta no comprende cómo Dios puede ser fiel a su palabra si, al mismo tiempo, no deja bien a su profeta.

La limitación de esta oración es evidente: Jeremías está limitado por la muerte como fin absoluto del individuo. Por eso exige una reivindicación de Dios en su profeta mismo. Pero, una vez más, hay algo en su oración que toca el centro de la fe, y es la convicción de que Dios, de una manera u otra, está comprometido con el creyente, con el profeta, con el hombre.

Oración quinta:

Oración desesperada (Jer 18,18-23)

Dijeron: "Vamos a tramar un plan contra Jeremías, que no nos faltará la instrucción de un sacerdote, el consejo de un docto, el oráculo de un profeta; vamos a herirlo en la lengua, no hagamos caso de lo que dice". Hazme tú caso, Señor, escucha a mis rivales; ¿es que se pagan bienes con males? Me han cavado una fosa. Recuerda que estuve ante ti intercediendo por ellos para apartar de ellos tu enojo. Ahora entrega sus hijos al hambre, ponlos a merced de la espada, queden sus mujeres viudas y sin hijos, mueran sus hombres asesinados y los mozos a filo de espada en el combate. Que se oigan gritos salir de su casa, cuando de repente los asalten bandidos, pues cavaron una fosa para taparme, escondieron trampas para mis pies. Señor, tú conoces su plan homicida contra mí: no perdones sus culpas, no borres de su vista sus pecados; caigan derribados ante ti, ejecútalos en el día de la ira.

Una nueva crisis del profeta provocada por la hostilidad de sus auditores, cuyo plan sobre él es la muerte. La motivación básica son las palabras del profeta: "No hagamos caso de lo que dice". Jeremías parece haber llegado al colmo de su paciencia y da vía libre a sus sentimientos de la manera más explícita y brutal. La idea de justificación de Dios en su propio profeta (17,14-18) queda ahogada aquí por los sentimientos humanos, que suenan a un deseo de venganza personal.

Nos encontramos con el Jeremías de la primera confesión: se encuentra ante una amenaza real de muerte. Siente que sus enemigos van a prevalecer sobre él y que va a quedar enteramente confundido. Su vida y su misión pierden todo su sentido si Dios no interviene, de alguna forma, en su favor. Todas sus emociones se revuelven dentro de él, y parece olvidar todo lo que había aprendido. Su oración, como la anterior, queda sin respuesta.

En este silencio de Dios, Jeremías va a resolver su crisis después de haber alcanzado la cumbre de la última confesión.

Oración sexta:

Confesión de Jeremías (Jer 20,7-18):

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me violaste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. Si hablo, es a gritos, clamando: "¡violencia, destrucción!"; la palabra del Señor se me volvió escarnio y burla constantes, y me dije: "No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre". Pero la sentía dentro como fuego ardiente encerrado en los huesos: hacía esfuerzos por contenerla y no podía. Oía el cuchicheo de la gente: "Cerco de Pavor, ¡a delatarlo, a delatarlo!" Mis amigos acechaban mi traspié: "A ver si se deja seducir, lo violaremos y nos vengaremos de él". Pero el Señor está conmigo como fiero soldado, mis perseguidores tropezarán y no me podrán; sentirán la confusión de su fracaso, un sonrojo eterno e inolvidable, Señor de los ejércitos, examinador justo que ves las entrañas y el corazón, que yo vea cómo tomas venganza de ellos, pues a ti encomendé mi causa. Cantad al Señor, que libró al pobre del poder de los malvados. ¡Maldito el día en que nací, el día que me parió mi madre no sea bendito! ¡Maldito el que dio la noticia a mi padre: "Te ha nacido un hijo", dándole un alegrón! ¡Ojalá fuera ese hombre como las ciudades que el Señor trastornó sin compasión! ¡Ojalá oyese gritos por la mañana y alaridos al mediodía! ¡Por qué salí del vientre para pasar trabajos y penas y acabar mis días derrotado?

La situación y la actitud de Jeremías son parecidas a 15,12.15-21. El tono es más directo y depresivo, los enemigos humanos están más fuera de la vista del profeta, y el objeto de la queja es Dios mismo. La situación no parece ser esta vez provocada por una hostilidad externa, sino que parece resumir en sí toda la dureza de la vida entera del profeta.

La conversación se abre con una pregunta que no es de impaciencia o perplejidad, sino una afirmación abierta y desvergonzada. Es una acusación: Dios ha abusado de su superioridad con el ingenuo Jeremías.

La relación de Dios con el hombre está tejida de la dulzura de la seducción y de la violación del rapto. Pedro llevará, atraído por esa dulzura, a su hermano Andrés, pero al final "otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras" (Jn 21,18).

Nuestro horizonte de deseos siempre es estirado violentamente por Otro. Pablo lo sabe: "No creo haberlo alcanzado todavía, pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante" (Flp 3,13). El hombre verdadero es el que supera los límites del ser humano, que, lo mismo que al otro lo deja y quiere que sea siempre más y no lo consume ni lo fija, tampoco se cree a sí mismo definido y fijado. El hombre verdadero siempre se autotrasciende. Dios y la oración son el mismo impulso y la grieta para la autotranscendencia:

"Exijo que haya más. Dime, Dios mío,
que hay más detrás de mí, que hay algo mío
que ha de ser más y desearlo tanto"
(J. García Nieto).

Dios ha usado maña y fuerza con Jeremías. Implícitamente, el profeta está confesando la renuncia a su misión: "¡Ojalá no hubiera hecho caso!" Dios le ha embarcado en una aventura abocada al fracaso, porque no se ha decidido a cumplir todas las predicciones de desastre que le había puesto en la boca.

Jeremías se siente como un farsante entre el pueblo, inventor de amenazas que nunca llegan a cumplirse y que aparecen, por lo tanto, como imaginaciones de su propio corazón maligno. La palabra de Dios, que en su tiempo fue su única alegría (15,6), se le ha convertido es escarnio y burla.

Jeremías aparece siempre como un profeta a pesar suyo. Ya en la vocación notamos ese elemento de resistencia (1,6) que reaparece constantemente en su repugnancia a predicar la desgracia (cfr. 17,16; 18,20). Esa lucha interior, que se entreveía, sale ahora a los labios del profeta en este momento de sinceridad con Dios. Muchas veces ha tratado de ahogar la palabra de Dios en su corazón sin éxito (v.9), pero Dios ha resultado siempre más fuerte que él (v.7).

Es quizás ésta una de las expresiones más logradas de la fuerza de la palabra de Dios en el A.T. La palabra es objetiva como una fuerza sobrehumana contra la que el profeta lucha. Con el símbolo de la palabra de Dios, Jeremías se presenta como un hombre dividido en su interior y en la lucha consigo mismo.

en su corazón sin éxito (v.9), pero Dios ha resultado siempre más fuerte que él (v.7).

Es quizás ésta una de las expresiones más logradas de la fuerza de la palabra de Dios en el A.T. La palabra es objetiva como una fuerza sobrehumana contra la que el profeta lucha. Con el símbolo de la palabra de Dios, Jeremías se presenta como un hombre dividido en su interior y en la lucha consigo mismo.

Amar, como orar, es alojar a un extraño en las propias entrañas. Es dejar que el proyecto, los deseos, la vida del otro, inunden nuestro proyecto, nuestros deseos, nuestra vida, y esto es una división que, paradójicamente, nos integra. Esto es lo que André Neher llama la alteración: un hombre se convierte en otro hombre. Queda substraído a su propio yo y, una vez transformado, ya no se conoce a sí mismo: "Se hace de él su propia contradicción: dice lo que jamás ha pensado y anuncia lo que siempre ha tenido miedo de decir. Su existencia es la paradoja de su ser"⁶.

Las palabras de esperanza que siguen dan la impresión de artificiales y forzadas. Es Jeremías repitiéndose a sí mismo lo que cree de Dios, como en un esfuerzo por conseguir una calma autoimpuesta y, por tanto, vacía. Las palabras no le vienen espontáneamente a la boca. Tienen el aire del mecanismo defensivo de la racionalización.

La maldición desesperada que sigue revela que algo fundamental ha cambiado. Jeremías ya no conversa con Dios. Se ha encerrado en sí mismo, y su conversación se ha hecho un monólogo. Ha demostrado saber mucho de soledad, pero hasta ahora siempre se había vuelto hacia Dios y había intentado un diálogo con él: le ha preguntado en su perplejidad (12,1-15), le ha pedido con confianza ingenua (11,18-23), se ha quejado suavemente (15,10-12.15-18), le ha pedido venganza con una gran carga emocional (18,18-23), le ha acusado abiertamente (20,7-10)...

Ahora se vuelve a sí mismo, se oculta de Dios y, sobre sí mismo, derrama su amargura. Quizás es vergüenza de hacerlo delante de Dios, quizás una sensación de inutilidad al dirigirse a nadie. Jeremías maldice su existencia: "Maldito el día en que nací". El comienzo del diálogo de Job recogerá estas

6 A. NEHER, «La esencia del Profetismo», Salamanca 1975; p. 266

No hay respuesta, ni Jeremías ya la esperaba. Ha descargado su corazón y, posiblemente, ha descansado un poco momentáneamente.

Oración séptima:

La fidelidad a Dios es la propia vida (Jer 45,1-5):

Esto dice el Señor, Dios de Israel, para ti, Baruc: "Tú dices: -¡Ay de mí, que el Señor añade penas a mi dolor; me canso de gemir y no encuentro reposo!- Dile esto: Así dice el Señor: Mira, lo que yo he construido, yo lo destruyo; lo que yo he plantado, yo lo arranco; ¿y tú pides milagros para ti? No los pidas, porque yo he de enviar desgracias a todo ser vivo -oráculo del Señor- y tú salvarás tu vida como un despojo adondequiera que vayas".

Así ha terminado Jeremías sus confesiones. Ha luchado con los hombres, con Dios y consigo mismo. No hay reproches ni promesas de Dios. Cada uno ha quedado en su silencio. Pero la vida de Jeremías no tuvo su punto final ahí. Él siguió fiel a su misión profética y llegó a esperar en un futuro más esperanzador. Pero *la fidelidad a su vida es la solución que Jeremías da al silencio de Dios.*

En las oraciones de Jeremías tuvo que ser anulado su deseo de comprender y saber a Dios y, así, encerrar la soberana libertad de Dios. El silencio prolongado de Dios y la sucesiva ruptura de sus esquemas de comprensión le llevan a intuir que la respuesta no puede ser expresada en palabras, sino aceptada en fe.

La única respuesta digna al silencio de Dios le parece su propio silencio. Pero hay muchos silencio. En el mismo Jeremías encontramos el silencio desesperado y resentido de la última oración del que se encierra en sí mismo. Y encontramos el silencio paciente y esperanzado de ahora, signo del humilde reconocimiento de la absoluta trascendencia y libertad de Dios.

Los quilates de nuestra vida descubren los quilates de nuestra oración silenciosa ante Dios. La praxis es la intérprete del silencio humano. Egoísmo o disponibilidad de vida desenmascaran el sentido del silencio. Hasta el final de su vida, la fidelidad a su misión nos descubre la hondura de su silencio. Jeremías se despoja de palabras propias y transparenta a Dios. No es que haya comprendido a Dios, pero adora en silencio su fidelidad a su palabra. Ha aprendido que sus deseos o los del pueblo más escogido no coinciden con los de Dios.

Por su vida, Jeremías ha sido considerado como uno de los “tipos” de Jesucristo. Sus crisis interiores, su cargar con el silencio de Dios y con la hostilidad humana, su profunda soledad e incomprensión, su aceptación silenciosa y obediente, su continuar fiel en el servicio, son características que han sido interpretadas como reflejos de la figura de Jesucristo. Jeremías es, probablemente, el inspirador inconsciente del “siervo paciente” de Isaías. Conscientemente, él no supo formularse a sí mismo su propia vida.

Las palabras a Baruc tras el desastre de Judá son el testamento purificado de su vida de diálogo con Dios. Baruc, hijo mío, tú acepta la soberana libertad del Señor de la vida. No le pidas milagros. Apura tu experiencia y, si Él te ve dando autenticidad, tu misma vida te irá descubriendo el sentido de Dios y de la historia.⁷ Me vienen los versos de Blas de Otero:

Sólo está el hombre. ¿Es esto lo que os hace gemir?
 ¡Oh, si supieseis que es bastante!
 Si supierais ser hombres, sólo humanos.
 ¿Os da miedo, verdad? Sé que es más cómodo
 esperar que Otro, ¿quién?, cualquiera, Otro
 os ayude a ser. Soy, luego es bastante
 ser, si procuro ser quien soy. ¡Quién sabe si hay más!
 En cambio, hay menos: sois sentinas
 de hipocresía. ¡Oh, sed, salid al día!
 No sigáis siendo bestias disfrazadas
 de ansia de Dios. Con ser hombres os basta.⁸

Orar es una gigantesca paradoja. Es desear ahincada y rabiosamente y, sin embargo, rendir del todo los deseos. Es ser hombre hasta donde se pueda rendir nuestra más colmada humanidad. Es recorrer todo el camino de los propios deseos, purificando nuestras necesidades que se alimentan del objeto-Dios, y quedarse quedo y esperanzado con la tarea de Dios y con su impulso en el silencio. Para quienes siempre toman la iniciativa por sí mismos, la perspectiva es el cansancio y el caer exhaustos en el camino de la oración. Pero quien espera, renovará sus fuerzas, andará, correrá y hasta echará alas de águila. Se trata de recibir, no de arrebatarse. Se trata de alabarle como Señor, no de someterle a nuestras infantiles entendederas.

7 A. NEHER, o.c., p.245

8 Blas DE OTERO, Canto primero

La vida en fe no suprime el tiempo, sino que se embarca del todo en él para confesar en él "su Presencia como ausente. Permanece deseo."⁹

[De la revista "Sal Terrae", Santander, 943, (Febrero 1992) 115-133]

9 G.MOREL, «Le sens de l'existence selon S. Jean de la Croix»